



Comentario bibliográfico

Marta G. Franco, *Las redes son nuestras. Una historia de internet y un mapa para volver a habitarla* (Bilbao: Consonni, 2024).

Santiago Gándara

Universidad de Buenos Aires

sgandara@sociales.uba.ar

Fecha de recepción: 03/12/2024

Fecha de aprobación: 06/12/2024

Marta Franco es una activista que se define como habitante de Internet desde 1999 y tuvo su debut político en las jornadas del 15M, el movimiento de indignados que agitó a España —y no solo— en 2011. De aquel momento de celebración de las redes como herramientas para la emancipación a este presente en el que las plataformas fueron ocupadas por la ultraderecha, asistimos a un desplazamiento que este ensayo aborda de un modo original. La consigna del título, *Las redes son nuestras*, es menos una afirmación que una proclama.

La autora cree encontrar una oportunidad para sus planteos en algunas señales de cambio que revelarían que el “contrato social” con las *big tech* se estaría resquebrajando en distintos frentes. Por un lado, las cada vez más intensas conversaciones académicas y en el periodismo en torno

al derecho a la desconexión o a la necesidad de dotarnos de infraestructuras digitales como servicios públicos. Por el otro, las recientes iniciativas en el Parlamento Europeo para regular a los monopolios de plataformas o la incipiente organización sindical de los trabajadores de la industria.

En ese cuadro contradictorio —entre los vendavales fascistas y las brisas de resistencia y organización— enmarca su primer capítulo: una memoria de Internet desde abajo que, sin negar el protagonismo de los emprendedores —las insoportables y repetidas epopeyas de Jobs, Zuckerberg o Musk, tan caras a la ideología libertaria que los mece desde la cuna—, descubre el papel siempre oculto de colectivos de investigadores, de las universidades o del Estado capitalista que ha subsidiado con fondos públicos esos emprendimientos.

Franco demuestra cómo los méritos de Silicon Valley apenas disimulan que se han apropiado de las innovaciones de sus usuarios o de otros investigadores. Cita la red de varias terminales interconectadas o el lenguaje BASIC, descubiertos en el *Dartmouth College* (New Hampshire); o el desarrollo del lenguaje HTML, el localizador URL y el protocolo HTTP, en el Consejo Europeo para la Investigación Nuclear, liderado por Tim Berners-Lee. También recurre al trabajo de la economista Mariana Mazzucato¹ para recordar que “la inversión gubernamental a gran escala y de largo plazo es el motor de casi todas las tecnologías que han sido consideradas de interés general en algún momento del siglo XX” (p. 38).

Es la historia de la fundación no mítica de Apple, que le debe todo al presupuesto estatal estadounidense. Para Franco, la mejor definición de estos magnates de Silicon Valley se resume en este perfil: “padres ricos, entornos de élite, azar, capitalización de valor social, innovación capturada, mucho dinero, monopolio, conocimiento opaco, financiación pública, evasión fiscal, explotación laboral, extractivismo” (p. 43).

Franco sostiene que Internet podría haber sido un servicio público. Para demostrar su tesis investiga una sucesión de “robos”, es decir momentos de acumulación originaria por parte de los monopolios digitales. En 1991, Internet ya estaba disponible y era una infraestructura pública, descentralizada, con códigos de uso libre. Dos años después, bajo el gobierno de Bill Clinton, las empresas de telecomunicaciones se apropian de la infraestructura. Franco precisa que este primer

1 Mariana Mazzucato, *El Estado emprendedor. Mitos del sector público frente al privado* (Barcelona: RBA, 2017), 385.

robo de Internet sucede en dos actos: primero privatizan “los cimientos” y luego experimentan “cómo maximizar el beneficio en las plantas de arriba” (p. 49). Así florecieron buscadores, portales de información y ocio, tiendas online, intermediarias de publicidad, y un largo etcétera de emprendimientos que terminaron, hacia el final de la década, en el estallido de la burbuja de las *puntocom*.

Tras esa crisis que produjo masivos despidos y cierres de empresas, de la que apenas sobrevivieron Amazon y Google, Franco explica cómo la emergencia de la web 2.0 prometía un escenario global más igualitario, de acceso y participación, con audiencias creativas y productoras. Sin embargo, la tendencia que se impuso fue otra: los monopolios volvieron a colonizar ese territorio para desplegar un nuevo modelo de negocios basado en la extracción, análisis y procesamiento de datos que generaban los usuarios. Este fue el segundo robo de esta historia. Franco recuerda el viejo refrán: “cuando no pagas por usar un producto es que el producto eres tú” (p. 55).

El tercer robo es el más reciente: la esfera digital pasa a ser ocupada por un puñado de corporaciones —que caben en una sigla: FAANG²— y por un discurso que hace del *shitposting* (“publicar mierda”) una práctica obsesivamente hostil. Un capitalismo de vigilancia, montado sobre una cloaca ultraderechista que asoma con la asunción de Trump, se agrava bajo la pandemia y caracteriza el oscuro panorama actual. Un camino pavimentado por *big tech* y unicornios, elencos de gobierno que viran hacia la ultraderecha y usuarios que parecen haber reciclado su indignación para convertirla en desencanto y resentimiento.

Alguien podría objetar —con razón— que para que nos hayan robado esas redes debían haber sido nuestras en algún momento. Franco no es tan ingenua para abonar esa tesis. En la historia de este triple asalto, la autora también apunta tres momentos en los que se cifraba la posibilidad de otra Internet: la descentralización de los inicios; la emergencia de medios alternativos (Indymedia) y de experiencias colaborativas (Wikipedia) hacia los años 2000; y las redes como organizadores colectivos en las rebeliones de la Primavera Árabe, de los indignados o del movimiento *Occupy*. Nunca fueron nuestras, nos dice, pero:

2 Es el acrónimo que refiere a las cinco grandes corporaciones tecnológicas de Estados Unidos: Facebook, Amazon, Apple, Netflix y Google.

durante muchos años nos sirvieron, más o menos, para dialogar, aprender, conocer gente, mantener amistades, difundir ideas disruptivas y hacer política. No nos imaginábamos que acabarían jugando en nuestra contra. Ahora, una alianza monstruosa entre las big tech y las fuerzas reaccionarias nos hiere desde esos espacios (p. 72).

En el siguiente capítulo, “Incluso los dinosaurios se extinguieron”, se describen las disposiciones regulatorias del Parlamento Europeo: el Reglamento General de Protección de Datos (en vigor desde 2018), la Ley de Servicios Digitales y la de Mercados Digitales (2024) y la Ley de Inteligencia Artificial (2024). La autora no deposita confianza alguna en el poder de la intervención de la Unión Europea, aunque apoya “cualquier iniciativa reguladora mínimamente ambiciosa” (p. 91).

Finalmente, en “Reparar internet, inventarnos otras internet”, Franco cierra el libro con una serie de propuestas que van desde “presionar a las instituciones competentes para que implementen más regulación y control”, “construir movimientos comunitarios para defenderse del extractivismo de datos”, “aprender a usar las tecnologías de manera más eficaz y crítica” o “hackearlas y repararlas”, hasta “contribuir a mejorar la comprensión del desarrollo tecnológico y participar en espacios de reflexión” (pp. 179-180), entre otras.

Está muy bien fundada su crítica a toda la literatura que invita a desconectarnos y a recuperar nuestra atención³: una suma de bienintencionadas acciones individuales que parecen querer “vaciar una piscina achicando agua con una cuchara” (p. 132). En contraste, valora la creación de infraestructuras digitales comunitarias y libres (como Mastodon) y, sobre todo, los nuevos procesos de organización sindical en el joven precariado que trabaja en la industria de las plataformas. Más allá de apoyar todas las tácticas, lo estratégico es la organización de los trabajadores: “Compartir trucos está bien, pero organizarse en sindicatos está mucho mejor” (p. 138).

El ensayo de Franco nada no solo contra la corriente de manuales de autoayuda para la desconexión sino también contra una literatura catastrófica que —no sin razones, claro— describe un mundo de vigilancia y control orwelliano del cual no habría escapatoria⁴. La autora entiende que

3 Véase: Jenny Odell, *Cómo no hacer nada. Resistirse a la economía de la atención* (Barcelona: Ariel, 2021), 304.

4 Véase: Shoshana Zuboff, *La era del capitalismo de la vigilancia. La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder* (Barcelona: Paidós, 2020), 912.

el actual modelo de negocios de las plataformas “promueve la aceleración, lo divisivo y la falta de escrúpulos con tal de llamar la atención” (p. 94). Pero —y este es otro de sus aportes— no encierra el problema en la esfera de la tecnología sino que lo coloca en el terreno de la historia y la política:

Es innegable —afirma— que las plataformas sociales tienen características que facilitan la propagación de discursos divisivos, pero si estos discursos prenden en la sociedad es porque el contexto político es propicio (p. 106).

Esta *memoria desde abajo* revela que la historia de Internet podría haber sido diferente. Por un lado, porque su destino no está inscripto fatalmente en el orden de las tecnologías—como sueña el dogma tecnosolucionista o nos alerta cierto catastrofismo— sino en el orden del capital. Por el otro, porque la irrupción de ciclos de movilizaciones, protestas y rebeliones populares amenaza con trastornar todo orden, incluso y sobre todo el de nuestras conversaciones y nuestras redes sociales.

Los historiadores pueden encontrar, por lo menos, tres puntos de interés en este libro de Marta Franco. En primer lugar, aquí se aborda una historia de Internet que no recae ni en la ilusión tecnologicista⁵ ni en la hagiografía de aquellos inventores-emprendedores que contribuyeron a su evolución⁶. Como apuntamos, el esfuerzo de Franco pasa por reconstruir una historia desde las apropiaciones y reapropiaciones de los usuarios, desde el activismo en las redes, desde las organizaciones que intentan revertir los procesos de concentración monopólica a fin de crear espacios o plataformas públicas, disponibles para la creación, la invención, la deliberación y organización colectivas.

En segunda instancia, porque recupera y hace visible la experiencia de una parte de la generación que intervino en aquel ciclo de protestas, movilizaciones y rebeliones globales que se desplegó en la década de los 2000 y que encontró en las tecnologías las herramientas para promover la organización, las conversaciones y una transformación más o menos radical. También habla a su modo —aunque el balance no sea suficiente— de la experiencia de un fracaso, de lo que luego se traducirá como una suma de “aciertos, penas y muchas impotencias” (p. 29).

5 Véase: José Carlos Rueda Laffond, Elena Galán Fajardo y Ángel Rubio Moraga, *Historia de los medios de comunicación* (Madrid: Alianza, 2014), 247.

6 Véase: Walter Isaacson, *Elon Musk* (Barcelona: Penguin Random House, 2023), 736.

Finalmente, por un interés adicional. *Las redes son nuestras* asume un debate crucial que ya lleva varias décadas pero que es particularmente dominante en estos últimos años en torno a cómo los procesos de mediatización —en manos de unas pocas corporaciones globales— afectan nuestra vida social, política, económica. En el revés de esta trama, cómo los colectivos sociales batallan por una salida común y humana.